

hermanos carísimos, seamos misericordiosos y compasivos para con el prójimo, á fin de que un día nuestro dulce Jesús se muestre misericordioso y compasivo para con nosotros... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO TERCERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUC, XVII, 11-19.)

**Agradecimiento que debemos a Dios ; manera de testificarle este agradecimiento.**

TEXTO. *Non est inventus, qui rediret et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena.* No hubo quien volviese y diese gloria á Dios, sino este extranjero.

EXORDIO. Hermanos míos, pocos meses antes de su Pasion Nuestro Señor Jesucristo se dirigía hacia Jerusalem, para celebrar la fiesta que entre los Judíos se llamaba la fiesta de los Tabernáculos. Sus parientes, (no hablo aquí de la santísima Virgen, demasiado santa y modesta, para ceder á una tentacion de orgullo; ni de S. José, que en esta época ya no vivía en la tierra;) sino sus demás parientes habrían deseado, á causa de la celebridad, que acompañaba á sus milagros; que Él se hubiese venido con ellos á esta solemnidad <sup>1</sup>. Jesús, que no quería fomentar este amor propio de su familia, tomó otro camino. En este trayecto, pues, á Jerusalem tuvo lugar el milagro, que nos refiere el Evangelio de este día, en el cual leemos <sup>2</sup>: « Dirigiéndose Jesús á Jerusalem, pasó por Samaria y Galilea. Y entrando en una aldea, salieron á su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon de lejos; (por ser contagiosa su enfermedad;) y alzaron la voz, diciendo: Jesús, maestro, ten misericordia de nosotros. Él, en viéndolos, les dijo: Id, mostraos á los sacerdotes; y mientras

1. Joan, VII, 4. — 2. Conf. De Ligny, *Vie de Jésus-Christ.*

iban, quedaron limpios. Y uno de ellos, cuando vió que había quedado limpio, volvió glorificando á Dios á grandes voces; y se postró en tierra á los piés de Jesús, dándole gracias; y este era Samaritano. Y respondió Jesús y dijo: ¿ Pon ventura no son diez los que quedaron limpios? Y los nueve donde están? No hubo otro que volviere y diese gloria á Dios, sino este extranjero. Y le dijo: levántate, véte, que tu fé te ha hecho salvo. »

¡ Ah! hermanos míos, qué vicio tan comun la ingratitud! qué raros son los que dan á Dios las acciones de gracias, que le deben! De aquí esta triste reflexion de Nuestro divino Salvador: « ¡ Por ventura no fueron curados todos? Porqué, pues, de los diez solo este extranjero ha vuelto á dar gloria á Dios? »

PROPOSICIÓN. Quiero, pues, en esta mañana con la ayuda de Dios inspiraros una saludable aversion á la ingratitud, vicio, al cual S. Bernardo llama con razon « un vicio capital, destructor de la gracia, enemigo de la salvacion y uno de los que mas desagradan al corazon de Dios nuestro soberano Bienhechor <sup>1</sup>. »

DIVISION. Os demostraré, pues; *primeramente*; que el agradecimiento á Dios es un deber para cada uno de nosotros; en *segundo lugar*; examinarémos lo que debemos hacer, para cumplir este deber.

*Primera parte.* El agradecimiento á Dios es un deber para cada uno de nosotros... Quiero principiar por pedir os vuestro parecer. Un día, han pasado ya de eso muchos años, nació en una choza abandonada un pobre niño. Sus padres se encontraban en un tal desamparo, que no podían de ningun modo proveer á su subsistencia. Una grande y noble señora, conociendo esta extremada miseria, vino por sí misma, y sin previa invitacion, á sacorrer al niño. Ya comprenderéis con que ternura, cuando os haya dicho, que élla lo tomó sobre sus rodillas, lo estrechó sobre su corazon y le nutrió con su leche. El niño creció; el amor de la noble señora no le faltó jamás. No solamente

1. « Ingratitudo peremptoria res est; hostis gratiæ, inimica salutis, etc. » (S. Bernardo serm. 51 in *Cant.* et serm. 2, de *Evang. Septem panum.*)

éllase encargó de su sustento y vestido, sino que además quiso por sí misma instruirlo y formar su espíritu y su corazón. Élla lo adoptó por hijo, lo introdujo en su palacio, le mantuvo á su mesa y puso entre sus manos un testamento, que le instituía heredero de todos sus bienes. Decidme, cristianos; ¿este pobre indigente no debía gratitud á esa señora noble y rica, que se había mostrado con él tan buena y generosa? ¿No sería él un monstruo de ingratitud, si hubiese llevado su irreverencia hasta á ultrajar á su bienhechora?... Así lo pensais vosotros; ¿no es verdad?...

Hermanos carísimos esta historia es la nuestra. Considerémonos en el momento de nuestro nacimiento flacos, dando vagidos, y respirando á penas. Una grande y noble señora, la Providencia de Dios vino á nuestro socorro. Élla puso en el seno de nuestra madre la leche, que nos ha nutrido y en el corazón de nuestro padre el amor y el esfuerzo que nos han sostenido y protegido. ¡O dulce Providencia de mi Dios, no se limitan á eso vuestros cuidados. Por medio del santo Bautismo nos habeis hecho cristianos; por la fé y por tantas instrucciones recibidas en el catecismo habeis formado nuestro corazón é ilustrado nuestra inteligencia. En el día de nuestra primera comunión, o buen Jesús, entramos en vuestro palacio y nos sentamos á vuestra mesa. Vos depositasteis en nuestras manos como un testamento irrevocable, esas promesas, por las cuales nos asegurais la felicidad y las delicias del cielo, si sabemos séros fieles... Ah! hermanos míos, despues de tantos beneficios, ¿no es para nosotros un deber la gratitud para con Dios?

A mas de que este deber Dios nos lo impone y todas las criaturas nos lo recuerdan...

En verdad, hermanos míos, que Dios puede muy bien pasarse de nuestros homenajes y de nuestro agradecimiento. Aunque ni vosotros ni yo existiéramos, Dios por esto no dejaría de ser menos soberanamente grande y soberanamente perfecto; aunque todos los hombres se mostraran ingratos, no por eso recibiera el menor perjuicio su infinita perfección, su omnipotencia... Cuando

Él nos permite, cuando Él quiere, que le demos gracias, no lo olvidemos, es también esto un honor, que nos hace, una gloria, que nos concede. Si un príncipe pasa cerca de un pobre mendigo y hace á éste una generosa limosna; si al día siguiente va el mendigo á casa del príncipe para darle gracias, estad seguros, que no se le concederá audiencia y que no será admitido... Pero Dios nos tiene mayor estimación, y parece como si necesitara de nuestro pobre agradecimiento. En la Ley Antigua había Él exigido el establecimiento de ciertas fiestas, en las que el pueblo Judío le testificaba su gratitud, sea por el tránsito milagroso del mar Rojo, sea por la Ley dada sobre el Sinaí, sea por el manjar milagroso, llovido del cielo en el desierto; y Él decía á su pueblo: « Cuando hayas gozado de todos los bienes de la tierra, no te olvides de dar gracias al Señor tu Dios <sup>1</sup>. »

Pero ¿á qué hablar de la Ley Antigua? ¿Qué quiere, pues, decir entre nosotros la palabra *Eucaristía*?.. Ah! ya lo sabéis, hermanos míos, esta palabra significa: *acción de gracias*; ¿Cómo! O Jesús, vos estais ahí sobre el altar y en este adorable sacramento os llamis *Eucaristía*, esto es, *acción de gracias*. ¡ Vos habeis querido quedaros aquí presente, para dar continuamente gracias en nuestro nombre á vuestro Padre, por tantos beneficios, como concede á los hombres! ¡ Cómo nos enseñais bien, viviendo entre nosotros bajo este augusto título, que Dios exige de nuestra parte el agradecimiento, como un deber estricto!... ¿ Qué mas os diré, hermanos carísimos? Todo cuanto nos rodea, nos invita á dar gracias á Dios por sus beneficios. De cada criatura parece salir una voz, que nos dice: *Toma y sé agradecido*. Toma mis frutos, nos dice la tierra, recoge mis mieses, estruja mis racimos, y muéstrate agradecido á Aquel, que me reparte la lluvia, el calor y el rocío y cuya bendición me da la fertilidad... Los animales mismos, que Dios ha puesto á nuestro servicio, nos dirigen el mismo lenguaje: Toma mi lana para vestirme, dice el uno; toma mi leche y mi carne para alimentarte,

1. Deuteronom, vii, 10.

dice el otro; toma mi fuerza y agilidad, para ayudarte en tus trabajos, añade un tercero; y seas agradecido á Aquel que nos ha puesto bajo tu dominio y nos ha destinado á tu servicio. Y si hacemos atencion á los beneficios mucho más importantes aun del orden espiritual, ¿ qué nos dice la Iglesia, esta tierna madre, que nos acogió en nuestra entrada á la vida?... Recibe el Bautismo, que te hace cristiano, la Confirmacion, que debe hacerte animoso, la Penitencia, que te purifica, la Eucaristia, que te une con Jesús; recibe, sí, recibe; pero que tu lengua, tu inteligencia y tu corazon, que tu alma entera se penetre de reconocimiento y bendiga al Señor...

*Segunda parte.* Veamos ahora, hermanos míos, lo que debemos hacer, para testimoniar nuestra gratitud á Dios. El Evangelio de este día nos ofrece en la persona de ese leproso curado un modelo, que debemos imitar. Él reconoce que debe á Dios su curacion, lo proclama en alta voz, en fin viene á charse á los piés del Salvador testificando con esto que se pone á su disposicion, y que quiere emplear en su servicio la salud, que acaba de recobrar.

¡ Qué cosa tan rara es el reconocer que todo nos viene de Dios y el testificarle nuestro agradecimiento !... Diez son los que Jesucristo acaba de curar, y entre ellos tan sólamente uno y aun era éste extranero, samaritano, uno solo repito viene á dar gracias á Jesús por su curacion !... Sin temor al respeto humano, sin inquietarse de lo que pueden decir ó pensar sus nueve compañeros, desde el punto que se encuentra sano, retrocede y se apresura por venir á dar gracias al médico celestial, que le ha purificado de la lepra y le ha devuelto la salud. Y los otros nueve, podemos decir con Jesús, *¿ donde están ?* ¿ Los otros ?... Hermanos míos, esos otros son unos ingratos; apenas han recibido el beneficio, cuando han olvidado á su Bienhechor.

¡ De diez, nueve !... ¡ O Divino Jesús cuán grande es el número de los que se olvidan de daros gracias !... Pero, o cristianos, ¿ no observamos aun lo mismo en nuestros días ? Todos por el Bautismo fuimos purificados de la lepra, del pecado original; todos por la Penitencia hemos sido purificados de la lepra quizás mas

asquerosa aun, del pecado mortal, cometido por nuestra propia voluntad; y sin embargo, ¿ quién de nosotros piensa en dar gracias á Dios ? ¿ se encuentra solamente uno entre diez ?... ¿ y sois de este número, vosotros los que me escuchais ?... Responded vosotros mismos...

Ved á ese samaritano; él pasa poco cuidado de lo que harán los demás. « ¿ A dónde vas ? le dirian. ¿ Porqué dejas así tus compañeros ? — Voy, contestaría él, á mostrar mi gratitud y á tributar acciones de gracias al que me ha curado. » Y él proclamaba en efecto el beneficio, que había recibido de Jesús. *Regressus est, cum magna voce magnificans Deum.* Volvió, glorificando á grandes voces á Jesucristo, á quien reconoció por Dios.. y nosotros, hermanos míos, lejos de testificar á Dios nuestra gratitud por los beneficios, de que nos ha colmado, lejos de glorificarle por tantos bienes, como nos ha hecho, nos los atribuimos á nosotros mismos; á veces quizá un miserable respeto humano nos induce á disimularlos. Salud, fuerzas, hermosura, talentos, riquezas, prosperidades, todas las ventajas naturales, que podemos tener y que no son en realidad sino dones de Dios, decidme ¿ para qué nos sirven ? ¿ Pensamos acaso en dar gracias á Dios por todos estos bienes ?... Os lo pido; es esta una pregunta, que me permito dirigiros... Ah ! me la hago tambien á mí mismo... ¿ Reconocemos nosotros que todas estas cualidades, que todos estos bienes naturales nos vienen de Dios ?... Cuando vemos pasar por delante de nuestras puertas á algun pobre idiota, que nos tiende la mano, ¿ nos hacemos por ventura á nosotros mismos esta reflexion : « Sin la gracia de Dios, sin la bondad de que ha usado conmigo, yo sería tal vez menos que ese pobre insensato, que sirve de juguete á los niños ?... » Esta es sin embargo la verdad, hermanos míos, y nosotros no pensamos en éllo. Y si por una parte nos atribuimos á nosotros mismos los dones naturales, por otra en cambio ocultamos y disimulamos los beneficios sobrenaturales, que hemos recibido. En cuanto á la fé que Dios nos ha dado, apenas osamos confesarla; las buenas inspiraciones que Él nos envía, esas luces interiores, esos buenos movimientos por los

que llama á las puertas de nuestra **conciencia**, en vez de alcanzar de nosotros que los sigamos, los **ocultamos**; y no pocas veces en lugar de dar gracias á Dios por esos **continuos** beneficios sobrenaturales, una vil cobardía nos induce á disimularlos y á mostrarnos exteriormente peores de lo que somos en realidad... ¡ Qué villanía, qué ingratitud !...

Pero no esta todo ahí. El leproso **curado** no se contenta de glorificar á Dios, sino que se arroja á los **piés** del Salvador, como si le dijese: « Vos me habeis limpiado **de** las manchas de la lepra, vos me habeis devuelto la salud; **yo** vengo, pues, á ponerme á vuestra disposicion, y desde ahora **me** proclamo vuestro servidor. » *Et cecidit in faciem ante pedes ejus, gratias agens.* Ved ahí, hermanos míos, el uso que es necesario hacer de los bienes del Señor... No solo debemos testificar **públicamente** nuestra gratitud, no sólo debemos honrar y amar **á** nuestro bienhechor, sino que de un modo especial debemos **consagrar** á su servicio los dones recibidos de sus divinas manos... Un día Dios encargaba á un profeta de echar en cara del pueblo **Judío** esta queja: « Yo le he dado trigo, vino, aceite y otros dones **de** la tierra; yo he aumentado su fortuna y les he concedido **oro y** plata; y ellos se han servido de estos dones, para fabricar **ídolos**, cuyo culto debe atraer sobre ellos mis castigos. » O dulce **Salvador** Jesús, ¡ á cuántos cristianos podríais hacer tambien el **mismo** reproche; á cuántos de nosotros podríais decir con razon: « Yo os he dado la salud, y vosotros abusais de ella para ofender**me**; yo os he dado campos y tierras, y cuantas mas os doy **tanto** mas profanais con el trabajo el santo día del Domingo; yo os **he** colmado de bienes y vosotros usais de esos bienes, para ostentacion de vuestro orgullo y satisfaccion de vuestras pasiones... **Mis** dones sólo os han servido para haceros mas culpables... ¡ **Ingratos** ! vosotros los habeis empleado contra mí y los habeis **convertido** en ídolos para vuestra perdicion. » *Argentum suum et aurum suum fecerunt sibi idola ut interirent* <sup>1</sup>.

1. Oseas. VIII, 4.

PERORACION. Hermanos carísimos, un santo Doctor pedía continuamente á Dios el don del agradecimiento: « Permitidme, decía él, repasar dentro de mí mismo todos los beneficios, que he recibido de vuestra bondad desde mi infancia y durante todo el curso de mi vida; sé que aborreceis la ingratitud; que este vicio es la raiz de todos los males que reinan en las almas; que es un viento abrasador, que enjuga la corriente de vuestras gracias; que seca y marchita el vigor de nuestras buenas obras... Este vicio maldito como un rayo hiere al alma, sustrayéndola á las influencias de la misericordia divina; hace revivir el mal pasado, aniquila el bien presente y nos incapacita para el porvenir. O Dios mío, preservadme de la ingratitud y grabad para siempre en mi corazón la memoria de vuestros beneficios. » Hermanos carísimos, hagamos con frecuencia esta misma plegaria; no cesemos nunca de tributar gracias á Dios por sus incesantes beneficios. Sí, bendigámosle y seamos de tal modo agradecidos á sus dones, que Nuestro Señor Jesucristo no tenga que decir de nosotros lo que decía de los nueve leprosos: « En donde están los demás ? » O adorable Salvador, nos complacemos en reconocerlo y proclamarlo, sí, nosotros no vivimos sino de vuestros beneficios... Uno de nuestros gloriosos mártires, S. Cipriano <sup>2</sup>, espirando despues de muchos tormentos bajo la cuchilla, al recibir el golpe fatal, prouunció esta palabra: *Deo gratias.* Gracias sean dadas á Dios, bendigámosle. Así, o dulce Redentor nuestro, debemos nosotros bendeciros y daros gracias no sólo por vuestros dones y beneficios, sino tambien por las penas y trabajos, por que nos quiera hacer pasar vuestra providencia paternal. Sí, en medio de la alegría mi alma bendecirá al Señor: sí, en medio de la tristeza, y aunque se sienta oprimido bajo el peso de la cruz, quiero que mi corazón se eleve tambien hacia Dios para alabarle, bendecirle y decir con el ilustre mártir, de quien os he hablado: *Deo gratias.* Gracias sean dadas á Dios. O criador, Dueño y soberano Bienhechor nuestro, haced que, despues de haberos agradecido vuestros dones acá en la tierra, podamos bendeciros y daros gracias para siempre *en el seno de esa felicidad*, que nos aguarda en el cielo... Así sea.